

tampoco porque ejecutamos;—esos son sencillamente deberes de nuestra personalidad humana.

*
* *

Ahora, se llega a ser virtuoso por la tenacidad, la perseverancia, la paciencia obstinada, puntos a los cuales voy a referirme en este sexto y último párrafo de mi disertación. Cuando ejecutamos nuestra determinación nos pueden sobrevenir una infinidad de tropiezos, de males, tanto física como moralmente, que nos detengan. Muchos nos vienen por nuestra propia causa, otros nos acontecen por causas extrañas.—Saberlos desafiar y vencer, sólo se logra por la tenacidad, la perseverancia, y la paciencia obstinada. Por esta última especialmente, el hombre logrará la superioridad, conquistando su dicha y contento. Sócrates, aquel filósofo cuya paciencia nunca logró conturbar el genio irascible de su mujer Jantipa, y cuya ecuanimidad no se alteró, ni al oír su sentencia de muerte, ni en el momento de beber la cicuta, cuéntase que había nacido fogoso y violento. Su rara paciencia fué fruto de los esfuerzos que hizo para dominarse. De él se cuenta, que habiendo recibido un brutal y poderoso bofetón, se limitó a responder sonriendo: “es sensible el no saber cuando debe uno cubrirse la cara con un casco”. Halló Sócrates, dice un moralista, en su propia casa un basto campo para ejercitar su paciencia, pues Jantipa, su mujer, le sometió a árduas pruebas con su genio extravagante, arrebatado y violento. Una noche que había convidado a cenar a uno de sus amigos, les suscitó Jantipa una disputa; y gritando como tenía costumbre, se levantó furiosa y derribó todos los platos y vasos de la mesa. Atónito, el amigo, con este acto de violencia, quiso retirarse, pero Sócrates, le detuvo diciendo: “no os vayais; os acordáis que un día estando yo comiendo en vuestra casa, vino una gallina, y al volar por encima de la mesa derribó cuanto había en ella? Ambos nos reimos de aquel lance; hagamos lo propio ahora”. No todos podemos llegar a ser Sócrates, pero debemos recurrir a él para empaparnos en hábitos de paciencia, sin la cual la perseverancia es imposible: en esta virtud precisamente está el triufo en las empresas o trabajos que'

se inician. Perseverar, perseverar con tenacidad, sin nada que nos arredre, con designios fijos y bien premeditados, tal es el camino que conduce al éxito en toda clase de empeños: la no perseverancia puede traducirse por pereza a la que con suma facilidad nos acostumbramos, y a la cual se compara con los anestésicos, que nos hacen sentirnos cada vez más inclinados a duplicar la dosis.

Los impacientes son los volubles, y los volubles están separados de los perozosos por una simple línea que casi los confunde: y *la pereza es la creadora del pesimismo*. Esos pesimistas, que no saben querer, que no tienen energía para nada, son quienes declaran que la vida no vale la pena de ser vivida, y se abandonan a una melancolía inaguantable, convirtiéndose en enfermos; para éstos el trabajo no puede ser fuente de redención,—como indudablemente lo es,—sino fuente de martirio. Los hombres más eminentes se han hecho notar por su trabajo y perseverancia, conquistando con ella el verdadero triunfo de la felicidad. “Trabaja dice la Naturaleza al hombre, según Emerson,—a todas horas, páguente o nó: atiende sólo a laborar, y no podrás menos de obtener la recompensa. Sea fina o basta tu labor, plantes nabos o escribas epopeyas, si lo haces a conciencia serás recompensado en tus sentidos y en tu pensamiento. Poco importa que seas con frecuencia vencido; has nacido para la victoria: el premio de un trabajo bien hecho es haberlo hecho”.

*
* * *

Ahora, señores, comprenderéis cuán fácil es lograr el triunfo de la *conquista social*: atendiendo, reflexionando, ejecutando, labramos nuestra felicidad. Cada una de estas obligaciones puede llevarse a lo ideal, con lo cual se alcanzará a veces la virtud, como en los casos de perseverancia y paciencia; pero aquellas otras condiciones de nuestra vida, bastarían cultivándolas bien, para salvarnos de esa enfermedad que tantos estragos hace, y que resultan incomprensible en nuestras modernas sociedades, la enfermedad que se llama *el miedo de vivir*, y que constituye uno de los defectos, o mejor dicho, todos los defectos juntos de nuestra *moral nacional*.

Nó; no conquistaremos el ideal reservado para nuestra Costa Rica, si no sacudimos un poco la indolencia, si no renegamos con valor y entereza de ese "dejar hacer, dejar pasar" que nos destruye sin sentirlo, y que será causa de mayores quebrantos y miserias. Nó; no nos parezcamos al enclenque rey que procedía en sus acciones diciendo: *Después de mí el diluvio*. No nos parezcamos o los hombres que pasan por el mundo, con una inactividad "que no es agradable a Dios, ni a los enemigos de Dios". No deseemos para nuestros hijos, la tranquilidad y paz que se conquistan en una vida sin objeto y sin ideales, sino las que se conquistan en los duros y recios combates. A este propósito ya el Dante había lanzado terrible anatema en su Canto Tercero del Infierno, que no está por demás recordar aquí. Guiado por Virgilio llega el poeta a los umbrales de la *Ciudad de las lágrimas*. Y aún no los ha atravesado, cuando escucha como que llegan hasta él desde el fondo del abismo, las quejas, los gemidos, los ayes de la desesperación, que se van extendiendo bajo un cielo nunca alumbrado por ninguna estrella. De qué garganta son arrancados aquellos clamores, vecinos del Infierno, pero que no salen del Infierno mismo? Dante horrorizado pide a su maestro una explicación: "Maestro—le dice.—¿Qué es lo que escucho y qué multitud es esa que parece acosada por el dolor?"

Y el Maestro respondió:

"Esta es la miserable suerte de las tristes almas de cuantos viven sin merecer ni vituperio ni alabanza. Están mezclados y confundidos con el malvado coro de los angeles, que ni permanecieron fieles a Dios, ni se revelaron contra Él, sino que vivieron para sí mismos. A los cuales arrojó de su seno el cielo, porque empañaban la belleza con que se adornaba; y el infierno profundo los rechaza, porque aún podrían con su presencia los condenados, participar de alguna gloria.

"Y yo repuse:

—"Maestro, qué especie de tormento es ese que les agobia y hace llorar a mares?"

"El me respondió:

—"Te lo diré en pocas palabras. —Estos han perdido la esperanza de morir, y su obscura vida es tan despreciable, que se muestran celosos de cualquier otro destino. Su recuerdo no se conserva en el mundo; la misericordia y la jus-

ticia los desdeñan. No hablemos más de ellos; míralos y pasa adelante”.

A estas *notas divinas*, como que son de *La Divina Comedia*, agrega el soberbio escritor Enrique Bordeux, en su libro *El Miedo de Vivir* estos conceptos que tanto nos atañen: “Ni virtuosos, ni viciosos, no se sabe que fueron. Insustanciales, pusilámines e indolentes, no dejaron el recuerdo de su persona, no vieron apenas, tuvieron miedo de vivir. Porque tener miedo de vivir es no haberse hecho capaces, de merecer ni vituperio, ni alabanzas; es cuidarse siempre, constantemente de la propia tranquilidad; es huir de las responsabilidades, de la lucha, de los riesgos, de todo cuanto exige algún esfuerzo; es evitar con diligencia el peligro, la fatiga, la exaltación, el apasionamiento, el entusiasmo, el sacrificio; toda acción violenta que turbe o descomponga; es rehusar a la vida lo que legítimamente nos reclama, los pesares y las dichas, el sudor y la sangre; es pretender vivir cercenando la vida y mutilando el destino; es finalmente ser egoísta con ese egoísmo pasivo que prefiere disminuir el apetito antes que tomarse el trabajo de aderezar la comida, y se encierra en la mezquindad de una existencia incolora e insípida, con tal de tener asegurado el verla libre de choques, tropiezos, dificultades y obstáculos, como un viajero que no quisiera más que viajar por llanos y sobre ruedas revestidas de goma”.

Nó: bien están estos dicitos, estas manifestaciones para las sociedades antiguas, enfermizas y decaídas, como algunas de las capitales de Europa, que se complacen en pregonar ayes y tormentos; pero no para nuestra América, nuestra América joven, nuestra América privilegiada; no para esta sección de la América Central y mucho menos para este pequeño terruño, *ésta nuestra querida Costa Rica*, que bañada por dos mares, ornada por las soberbias crestas de sus azules montes, que llena de privilegiados dones,—nos fué entregada por nuestros padres—almas todo entusiasmo y ardor que abrieron los primeros surcos y dejaron regada la semilla de un porvenir, de una civilización, que ellos vislumbraron de incomparable gallardía. ¡Cómo va ser posible que aquí haya miedo de vivir y de luchar! Es preciso que demostremos, que no se hizo para nosotros el canto del poeta Núñez de Arce, en que a los treinta años revela su alma apagada y fría; que no se hicieron para nosotros las teorías pesimistas,

en que todo entusiasmo se condena y todo esfuerzo se detiene; que no admitimos el egoísmo en ninguna forma ni manera; que renegamos de los hombres que a todo ponen dificultades y que no se atreven a enfrentarse a la vida de tropiezos y quebrantos, de penas y congojas; que abominamos a los enfermos que no tienen resolución para cumplir con sus deberes y obligaciones; despreciamos a los infelices, a los incapaces, a los que no pueden sostener *sus derechos o convicciones por hechos y ni siquiera por palabras*; no queremos a los hombres que no tienen un ideal para desarrollar su vida y que nada emprenden con resolución y entereza; renegamos de los desencantados, cuyo desencanto proviene de no tener valor para sostener ninguna lucha moral o física, por insignificante que sea. Necesitamos, queremos a quienes buscan su tranquilidad, su paz, no en la quietud que da la falta de movimiento o la falta de deseos, sino en la vida de lucha y de esfuerzo, de trabajo y de pena, de la cual se saca la victoria, *el engrandecimiento individual y nacional*. No consiste en mi sentir la moral, y en esto nótese otro defecto de la nuestra, en el antiguo precepto de hacer el bien y evitar el mal: esta última parte podemos suprimirla, porque muchos que la vida de calma y tranquilidad apetecen, que se encierran dentro de sus conchas rugosas e inaccesibles, que todo esfuerzo ridiculizan, que toda intención detienen, que todo propósito fálsean, estos creen ser personas morales, porque su vida de egoísmo y de pobreza de espíritu, solo la limitan a no hacer mal a nadie; pero no, la moral social, *la moral suprema*, no se preocupa de que no hagamos el mal; esto ya se sabe que sólo lo hacen los locos y los enfermos; quiere que hagamos, que promovamos sin cesar el bien; junto con el nuestro, el ajeno, junto con el individual, el social.

Cuando una pequeña sociedad como la nuestra, en que nada nos falta; porque Dios dió a nuestra tierra todos los climas, como a nuestro cielo todos los colores; porque *nuestra primavera no tiene ocaso*:— cuando aquí dediquemos todas nuestras energías a hacer el bien; sin olvidar la teoría utilitaria de Benthan, que enseña que cuando hacemos o promovemos el *bien ajeno*, lo hacemos o promovemos por utilidad nuestra; ¿qué mal será posible que no quede estirpado con nuestra conjunta campaña en pro del bien?

Días de inefable contento, de prosperidad, de grandeza, se lograrán para nuestra Patria, si al miedo de vivir

sucede el entusiasmo por la vida: los hijos que crecen robustos y sanos; la amplia y cómoda vía de un océano a otro y del Norte al Sur cortando en porciones la tierra incomparable, no para separarla, sino para unirla más y más; el arado que labra, las semillas que germinan, las fuerzas naturales que se aprovechan; la locomotora, la electricidad el telégrafo, el correo; y las escuelas y talleres y la administración de justicia y la administración pública, todo el conjunto maravilloso y grande del trabajo realizado en medio del júbilo de todos los corazones sanos y honrados, entonen el himno sacrosanto de felicidad y de contento, de satisfacción y de gloria con que la Patria desea que constantemente se la venera.



Ateneo de Costa Rica

VELADA

con que el ATENEO DE COSTA RICA cierra
el curso académico de 1912

PROGRAMA

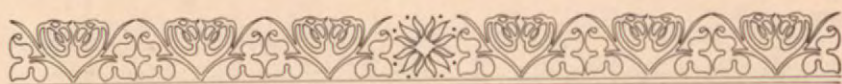
PRIMERA PARTE

- | | |
|--|---|
| 1º—Discurso | JUSTO A. FACIO
Presidente del Ateneo |
| 2º—Sí tu m'amaís.....
Cantado por don <i>Samuel Montandón</i> . | L. DENZA |
| 3º—La labor del Ateneo en 1912. | ERNESTO MARTIN
Vicepresidente del Ateneo |
| 4º— a) La fileuse | J. RAFF |
| b) Scherzo..... | CHOPIN |
| Ejecutados en el piano por don <i>Julio Osma</i> . | |

SEGUNDA PARTE

- | | |
|--|---|
| 1º—Elegía | J. MASSENET |
| Para soprano, con acompañamiento de violoncello, ejecutada por la señorita <i>Delia Campos</i> y don <i>Carlos Gutiérrez</i> . | |
| 2º—La Doctrina de la Reencarnación..... | E. JIMÉNEZ NÚÑEZ
Vicepresidente del Ateneo |
| Conferencia leída por el autor. | |
| 3º—Trío - Berceuse de Jocelyn..... | B. GODARD |
| Para piano, violín y violoncello, ejecutado por los señores <i>Osma, Cardona y Gutiérrez</i> . | |

La velada se verificará el lunes 23 de diciembre de 1912, en el Teatro Nacional,
y dará principio a las 8 p. m.



DISCURSO

pronunciado por el señor don Justo A. Facio, Presidente del Ateneo
de Costa Rica, la noche del día 23 de diciembre de 1912,
en la velada con que este centro clausuró el curso
académico de ese mismo año

Señores:

Una extraña e incomprensible aberración del espíritu un tanto mercantil que anima nuestras incipientes sociedades ha venido a dar entre nosotros autoridad y relieve a la idea estafalaria de que las letras y las artes están en relación de irremediable inferioridad con respecto a las manifestaciones del intelecto humano que acreditan aptitud para triunfar en las luchas cuyo fin es el lucro.

Considérase hoy en día como entes degenerados,— en estas sociedades retrasadas, a lo menos,— a esos seres de viva y fecunda imaginación en quienes el sentimiento, elevado a la excelsitud del numen, alcanza fuerza que, por dinamismo casi milagroso, transforma en color, en estatua, en estrofa o en canto las más atrevidas y gallardas concepciones del ideal,— de ese ideal, vagamente entrevisto en las dulces lejanías del ensueño, que no puede vivir, perdurar y resplandecer en el mundo de la poesía si no ha encarnado y cobrado forma y espíritu en las entrañas mismas del arte.

Dominados por la fiebre que excita sus voraces concupiscencias, los empedernidos conquistadores del oro no sue-

len reparar en esos humildes y pacientes trabajadores de lo excelso que van sembrando aquí y allá los oasis de la belleza en las tristes e interminables arideces de la vida, a través de las cuales marchamos, eternamente atraídos por los espejismos risueños de la esperanza.

Sin embargo, señores, ese desdén, o esa indiferencia, como queráis, sólo acusa falta de observación en aquellos hombres para quienes el arte constituye pasatiempo impropio y aun indigno de las gentes que se dicen sensatas. No sostendré yo que estas locuciones, "hombres serios", "personas graves", "gentes sensatas", sean, como ya decía Víctor Hugo, simplemente el santo y seña convenido entre las mediocridades del montón para abrirse paso solemnemente hasta el campamento en que, gracias a fáciles convencionalismos, pretende reunirse cuanto supone o finge superioridad.

Pero si no me atrevo a decir tal cosa, porque la burguesía dorada podría tal vez resentirse de ello, séame permitido afirmar, frente al orgullo empingorotado sobre escabeles de finchada sensatez, que esos desdeñosos, esos indiferentes, tocados, para propio tormento suyo, por el dón fatal del rey Midas, son los más serviles tributarios del país glorioso en donde las musas atesoran, para regalo de entes superiores, las riquezas por sus manos divinas ganadas en los reinos soberanos del arte.

Ved, si no, cómo esos acaparadores de oro, presintiendo por instinto, merced al cual se sienten como levantados un punto de su vulgaridad, que sólo el arte tiene virtud para magnificar sus riquezas, piden a la arquitectura la audacia de sus construcciones y la gallardía de sus ornamentos para ofrecer a su vanidad el lustre de las antiguas mansiones señoriales y forjarse así la ilusión candorosa de que están emulando la grandeza suntuaria de aquellos príncipes florentinos nacidos para llevar sus hombros el peso de todas las grandezas y de todas las dignidades.

Pero, señores, ¿qué alta producción del arte no tienta con sus incentivos sutiles y misteriosos la codicia más o menos burda de los potentados? Sin observaciones, con gesto impasible, como si realmente fuesen los dioses del *dóllar*, ellos entregan sumas fantásticas a cambio del lienzo en que Meissonier hace desfilar ante nuestros ojos, fijos por la emoción, como una saeta prendida en el blanco, el episodio, que fluye vida, de la epopeya napoleónica; en que Bonnat

diluye en los ojos de Adán y de Eva el espanto producido por la visión inopinada de la muerte, que, abrazada al cuerpo de Abel, por primera vez desciende sobre ellos como una pavorosa interrogación del más allá; en que Millet dobla nuestro pensamiento bajo la unción misteriosa del *ángelus*, como doblegaría un ángel la frente de un niño bajo el peso inmaterial de sus alas.

Con discos de oro, que parecen recortados en la veste relumbrante del sol, empiedran ellos el camino triunfal de los artistas que arrullan sus oídos burgueses con las sonatas en que Beethoven, el sordo, canta el amor y las alegrías de su alma sublime en el idioma de las esferas; con las melodías siderales y vaporosas en que el dulce Verdi envuelve la divina voluptuosidad de las almas para quienes el amor es un impulso que las acerca al empíreo; con las sinfonías, semejantes a un huracán de los trópicos, que Wagner hace surgir de sus majestuosas y profundas combinaciones orquestales para imprimir grandiosa expresión dramática en el semblante de su pensamiento,—poderoso como un titán.

Pero no es lo más significativo que esos calculadores insignes pidan al arte, con reverencia un tanto cómica a veces, los prestigios gloriosos con que sólo él acierta a ennoblecen, con nobleza indiscutible, la oscura prosapia de los que, por un golpe de suerte, pretenden incorporarse de pronto en el estamento tradicional de los próceres: lo más significativo no es sino que ha sido precisamente el arte, el arte quien, bajo la más dúctil y universal de sus formas y con su maravillosa virtud de difusión, ha dado a conocer la utilidad de esos instrumentos ingeniosos con los cuales ellos han labrado el edificio ingente en que ejercen ahora potestad de señores; sí, ha sido el arte sublime de la palabra, en términos más propios, la literatura, "esa gran divulgadora de todas las ideas", quien ha cantado en himno que repercute sin cesar por todos los continentes el triunfo de los inventos en los cuales tiene el hombre hoy en día el auxiliar más potente de los afanes altruistas que suele poner en actividad para difundir los beneficios de la civilización por todos los ámbitos de la tierra.

Es inútil buscar una sola esfera de actividad en donde el arte no haga sentir su incontrastable, fecundo y ennobecedor señorío. Como el sol para todos los órdenes de la Naturaleza, el arte es fuente insustituible de vida para todas

las manifestaciones del pensamiento. Sin distinciones que sólo serían propias de nuestras miserias humanas, él destrenza, también como el sol, el torrente irisado de sus inspiraciones, así sobre los infelices que no saben de qué alturas ignotas desciende el rayo divino que calienta sus almas, como sobre los potentados estultos que se hacen construir pomposos monumentos artísticos para encerrar en ellos la inanidad en que a la postre se resuelve su soberbia de un día.

Más humilde, pero también más consciente, el Ateneo ha venido dedicando todo su amor, toda su inteligencia y toda su actividad al culto noble y desinteresado de la ciencia y del arte, y es altamente placentero para nosotros, los oscuros fieles de esta feligresía espiritual, observar la constancia con que vosotros os habéis asociado durante un año entero a los ejercicios sin presunción con que este centro practica la liturgia sagrada de la belleza y de la verdad.

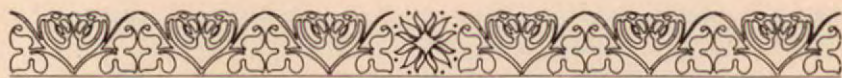
Es que vosotros lleváis también en el alma el convencimiento consolador de que sólo en la sabiduría encontraremos prestigio suficientemente poderoso a convertir el prurito vacilante del bien en función perenne y robusta de nuestro organismo moral; es que vosotros habéis sentido estremecerse en vuestros corazones, como un pájaro pronto a lanzarse al encuentro de la bien amada, la sensación casi imperceptible nacida al contacto fugaz del trino que huye, de la estrofa que tiembla, del color que fulgura.

Como un Nilo celeste e invisible, el arte deja en nuestras almas un depósito de ternura en donde germinan con inusitado esplendor las flores de todos los continentes morales; y, ¡fenómeno singular!, señores, no parece sino que en vez de agotarse con el uso, éste aumenta día a día el detritus del depósito sagrado, extendiendo así la esfera del bien a proporción que la cultura, con sus abonos fecundantes, habilita las tierras en donde ayer crecía el cardo y en donde ahora florecen la belleza, la verdad, el amor.

Después de haber recorrido juntos, bajo la influencia de estos sentimientos reconfortantes, un nuevo período de nuestra historia, tócanos abrir hoy un corto paréntesis en el proceso de nuestras ordinarias labores, que, como siempre, el Ateneo se promete reanudar el año próximo con el concurso simpático que hasta aquí vosotros habéis sabido prestarle y que tiene para nosotros la eficacia expansiva de un estímulo y el aliciente cariñoso de una promesa.

Pero al separarnos momentáneamente, señores, marchemos, hoy como ayer, animados por esta fe, tan dulce como fuerte, que, en medio de las desolaciones de la vida, pone en nuestros labios la suprema y ennoblecedora ansiedad de lo bello; sí; marchemos siempre con los ojos fijos en el horizonte lejano, como para buscar entre sus pliegues azules la luz misteriosa del arte, que es "claridad para las inteligencias y orientación para las almas".





Enrique Jiménez Núñez

Nació en la villa de Guadalupe. Tiene 49 años de edad. Hizo sus estudios de segunda enseñanza en el antiguo Instituto Nacional y en el Colegio de San Luis Gonzaga, de Cartago, en donde obtuvo el título de Bachiller en Filosofía. Salido del Colegio, se dedicó a la música, habiendo servido como maestro de capilla en varias localidades; fué también profesor de piano en la ciudad de San José. En 1887 hizo viaje a Europa e ingresó como alumno del Conservatorio Real de Música de Bruselas; pero, no obstante su vocación, poco después se vió obligado a abandonar la carrera del artista para dedicarse a estudios de agricultura, los cuales siguió en el Instituto Agrícola de Gembloux, hasta recibir el título de Ingeniero Agrícola, tres años después. De regreso en Costa Rica, administró durante seis años la finca Nuestro Amo, propiedad del Dr. don Daniel Núñez, y allí implantó el uso de las máquinas agrícolas. Vivió después en su pueblo natal, dedicado a la enseñanza de la música. En 1898 fué nombrado profesor de Física y Química, Fisiología é Higiene en el Liceo de Costa Rica. Posteriormente fué también profesor de Física y Química en el Colegio Superior de Señoritas, de Física y Botánica en la Escuela de Farmacia, y de piano y solfeo en la Escuela de Música de Santa Cecilia. Por este tiempo se hizo cargo de la Dirección del primer Campo de Experimentos de Agricultura que se fundó en Costa Rica, cargo que desempeñó durante mucho tiempo gratuitamente. Fué nuevamente nombrado profesor en el Liceo, en donde dió clases de Agricultura, Tecnología Agrícola y

Geología. De allí fué llamado en 1910 a desempeñar la Subsecretaría de Fomento, en la cual se ha esforzado por dar el mayor ensanche a la agricultura.

Sus publicaciones más importantes son: el libro *Higiene de las Habitaciones y del Agua en Costa Rica*, escrito en colaboración con su hermano el finado Doctor don Gerardo Jiménez Núñez; el folleto sobre *Desinfección de mieles de café*, y su trabajo sobre *Las fuerzas hidráulicas de Costa Rica*. Estas tres obras fueron premiadas en concursos. Ha escrito numerosos artículos sobre agricultura, pedagogía, higiene y filosofía y colaborado en varias revistas científicas. Es miembro activo del Ateneo de Costa Rica y, actualmente, uno de los dos Vicepresidentes de ese centro.





La reencarnación

Conferencia leída en la sesión de clausura del Ateneo de Costa Rica por su Vicepresidente, Ingeniero don Enrique Jiménez Núñez, Subsecretario de Estado, encargado del Ministerio de Fomento.

La ciencia demuestra y la observación lo confirma, que todo en la naturaleza cambia, se modifica, se desenvuelve, obedeciendo a una ley que conduce todos los seres a una condición superior. Esta ley fué conocida desde que los hombres aprendieron a observar y a comprender los fenómenos de la naturaleza y se llama la ley de la evolución. Los antiguos filósofos herméticos la enunciaron así: una piedra se transforma en una planta, una planta en un animal, un animal en un hombre, un hombre en un ángel, un ángel en un Dios.

En el campo de la Ciencia Positiva y experimental, los trabajos de Darwin arrojaron una luz vivísima sobre el hecho de la incesante variabilidad y evolución progresiva de las especies. Los descubrimientos de la paleontología han puesto en evidencia cómo las especies actuales proceden de otras, que en épocas remotísimas les fueron tan inferiores que parecen absolutamente distintas. Los pájaros que hoy planean graciosamente por el azul del cielo proceden de los gigantes y deformes reptiles de las épocas prehistóricas. En los museos de paleontología se encuentran especímenes auténticos de animales como el *Arqueopterix*, que demues-

tran el paso, la transición del estado de reptil al de ave. El hermoso, inteligente y nobilísimo caballo moderno, procede de un *equus primigenius*, que le era tan diferente, desde todo punto de vista, que bien podría tomarse por una especie diferente.

La evolución incesante y progresiva es una Ley General de la Naturaleza. En el dominio de los seres de los reinos vegetal y animal, la evolución obedece a la ley de la Selección Natural, a la supervivencia del mejor dotado. La semilla que multiplica las especies vegetales, cae de las plantas más vigorosas, que destruyeron con su sombra y raíces las más débiles y mal formadas. En el reino animal, son los más fuertes, ágiles, inteligentes y hermosos los que se reproducen, con más facilidad que los raquíticos y defectuosos. En el reino del hombre y en el de las condiciones superhumanas la evolución resulta de la acumulación de experiencias y de esfuerzos voluntarios y conscientes—que no se pierden—y forman el capital de sabiduría que el Ser va adquiriendo en su marcha al través de las edades. Siendo las causas de la evolución *permanentes*, se sigue que ella debe ser *continua, progresiva, eterna*. Esto lo demuestran, además de la razón, la observación y la experiencia. Es cierto que a esta ley general hay aparentes excepciones. Seres que retroceden momentáneamente o seres que parecen estacionarios. El hecho de que actualmente existan varias especies de *diatómeas* relacionadas con los tipos fósiles de las *hullas* inglesas, parece indicar que tales plantas han podido atravesar, sin modificarse, la larga serie de las épocas secundaria y terciaria, lo que parece contrario a la teoría de la evolución. Pero no hay que perder de vista que en *el reloj del Universo, los segundos distan muy poco de las eternidades y que, tratándose de las operaciones del Cosmos, lo infinitamente grande no difiere, substancialmente, de lo infinitamente pequeño*.

Comprendiendo ya que la evolución es una ley de la Naturaleza que *empuja todas las cosas, de un modo continuo, siempre hacia adelante*, se comprenderá que su acción se deja sentir en *todos los dominios*. En el de lo físico, en lo moral, mental y espiritual. No quiero tocar de estos puntos, más que el que se refiere a la evolución de los sentidos, de las facultades de percepción. Aquí también la observación de la

naturaleza nos muestra la evolución de los sentidos como un hecho absolutamente demostrado y cierto. ¿Qué diferencia enorme hay en efecto, entre los poderes de percepción de una lombriz de tierra y los de un ánguila o un hombre? ¿De qué modo tan distinto conocerá y sentirá el universo la primera, para la cual probablemente no hay más sensaciones que las del tacto y el hombre, que puede, mediante sus ojos, medir las distancias y percibir las estrellas? Y aun en el común de los hombres, ¡qué distintos grados ha alcanzado la evolución de los sentidos! ¡De qué modo tan distinto perciben las formas y el colorido un salvaje de Ceilán, que no distingue casi los colores y un pintor excelso como Murillo o Leonardo de Vinci; y de qué modo tan distinto percibía la armonía del sonido el oído de *Beethoven* de como lo percibe uno de los infelices indios que aun habitan nuestras selvas! El desarrollo de los poderes de percepción en el hombre está también sujeto a la ley de la evolución. Lo que actualmente percibe el común de la especie humana, es una fracción pequeñísima de la infinita *gama de vibraciones* que palpita en el universo. Y digo vibraciones porque toda sensación no es sino el efecto de una vibración, sobre un órgano adecuado para recibirla. Al lado de lo que es visible, está el mundo de lo invisible, lleno de las más portentosas maravillas. Cualquiera persona que afirme que lo que él no ve o no oye, no existe, daría a entender que sus facultades de percepción habrían llegado a la perfección suma, al límite absoluto. Esto es contrario a la ley de la evolución, que enseña que todo sin excepción se desenvuelve progresivamente; es absurdo, porque en la naturaleza nada tiene límite; es el soberano orgullo con que se cubre comunmente la ignorancia.

Contra la tendencia a negar lo que no podemos ver se ha opuesto al progreso realizado en la última parte del siglo XIX y los albores del XX, que bien pudieran llamarse los siglos de las cosas invisibles. Citaré, entre otras, el campo magnético y las líneas de fuerza, que fueron el punto de partida de la admirable ciencia Electro-Dinámica y sus aplicaciones; las ondas herzianas y su aplicación a la telegrafía sin hilos; los rayos catódicos, los rayos uránicos, los rayos X, invisibles para el ojo común humano, utilizados para la foto-

grafía al través de los cuerpos opacos; la llamada luz negra del profesor Lebon; las radiaciones ultravioletas invisibles, aplicadas industrialmente a la destrucción de gérmenes y bacterias; las radiaciones infra-rojas utilizadas en la totografía; las protuberancias magnéticas invisibles, que aprovecha el fonógrafo magnético del Profesor Poulsen de Copenhague y tantas cosas invisibles de cuya existencia se hubiera burlado la ciencia de hace una centuria. Deliberadamente me limito al dominio de lo admitido hoy por la ciencia positiva occidental. Los que no desdeñan el estudio de lo que es, y por motivo de trascendencia, ciencia oculta, saben las maravillas del hipnotismo y el poder del pensamiento, y conocen la existencia de legiones de *seres humanos* que desempeñan el papel de protectores invisibles o ángeles de la guarda, la existencia de la fraternidad de esos grandes seres que llamamos los Maestros de Sabiduría; seres, cosas y agentes invisibles, pero que son conocidos por muchos de los aquí presentes por el testimonio de sus sentidos desenvueltos, tan experimentalmente como yo conozco la existencia del honorable auditorio que me escucha.

Circunscribiéndome a la facultad de ver, que tiene lugar en nosotros por la acción de las ondas del Eter sobre la retina, paréceme oportuno recordaros que las ondas conocidas del Eter, lo que los físicos llaman el Espectro, forman como un inmenso teclado, del que se conocen solamente once octavas, y de éstas apenas una pequeña parte es visible para nosotros. En otros términos. Del movimiento, de la energía cinética del Eter, que puede ser causa de percepciones, muy pequeña porción es perceptible para nuestros sentidos. El mundo invisible que nos rodea y nos envuelve, es, pues, infinitamente más grande y hermoso que lo que podemos ver y percibir. Estamos en el caso de la lombriz de tierra, incapaces de ver las maravillas que nos rodean, queriendo medir el universo por la deficiencia de alcance de nuestros instrumentos de percepción.

Pero si hay un considerable número de vibraciones invisibles para nosotros, en nuestro estado actual de desenvolvimiento, la razón nos indica que deben existir seres más evolucionados que nosotros, para los cuales sea visible lo que para nosotros no lo es. Tales seres existen, por milla-

res, en nuestro planeta, y se llaman videntes. Han existido videntes en todas las épocas de la historia de nuestra humanidad y ellos nos han enseñado la existencia de estados, condiciones y cosas de las que se han burlado muchos, pero que van recibiendo poco a poco las comprobaciones de la verdadera Ciencia. Entre estas cosas están, para citar un ejemplo, el aura o atmósfera luminosa que rodea el cuerpo humano, invisible para la mayor parte de los hombres, que fué siempre visible para los videntes y es reconocida actualmente por la Ciencia mediante ciertos instrumentos. Mediante la observación y testimonio unánime de los videntes, sabemos que el hombre tiene un cuerpo etéreo, luminoso y sutil, análogo al cuerpo físico, que es como su envoltura, en el cual residen la conciencia y la vida. La existencia de este doble etéreo comienza ya a ser admitida por gran número de hombres de ciencia. La muerte física consiste en la separación del cuerpo etéreo, *con su conciencia y su vida*, de su envoltura física. Después de la muerte el ser desencarnado permanece en una región determinada, que los videntes llaman *el mundo de los deseos*, lugar de sufrimientos más o menos intensos, en donde los deseos se agotan al fin, con la desintegración del cuerpo etéreo. Este mundo de los deseos se designa en las religiones con el nombre de purgatorio u otro término análogo. Liberado el *Ego* espiritual del cuerpo etéreo, pasa a un plano superior de la naturaleza llamado *el plano de los ensueños o el cielo*, en donde el *Ego*, sumido en una paz celeste, goza de una dicha inefable como recompensa de las obras de amor que ejecutó en su vida pasada, se reconcentra en sí mismo, pasa revista sobre todas sus experiencias anteriores, se las asimila, saca de ellas el caudal de experiencia que deben proporcionarle y las transforma en carácter, en sabiduría. Agotado el goce de la recompensa celeste, la ley de la evolución empuja de nuevo a las mónadas espirituales al renacimiento en la vida física. El lugar, el país, la raza, la familia en que se renace lo determina una ley soberana de Justicia y de Amor, de acuerdo con los méritos adquiridos, las experiencias acumuladas, con una equidad absoluta, para que la evolución comenzada en existencias anteriores pueda seguir su curso. Esta es a grandes rasgos la enseñanza que sobre este punto nos ha legado la sabiduría

de los Siglos. Muchos de los que me hacen el honor de escucharme, educados en doctrinas completamente diferentes, encontrarán lo que digo sencillamente ridículo o extravagante. No importa. No trato de imponer ideas a nadie; quiero ensayar de llevar el convencimiento *a las mentes que estén dispuestas para recibirlo*. Para esto prescindiremos del testimonio de los videntes y consideraremos:

1° Que es posible explorar esos campos invisibles, *experimentalmente*, mediante ciertos sujetos sumidos en el sueño hipnótico. La experiencia es peligrosa y debe ser hecha bajo la dirección de un maestro. La técnica que se sigue es por este motivo guardada con secreto, y no se revela sino a las personas que tienen capacidad para ello.

2° Los fundamentos basados en la historia y en lo lógico para tomar la doctrina del renacimiento como cierta o por lo menos como una hipótesis razonable.

Para esto, no encuentro procedimiento mejor que hacer un resumen de una admirable conferencia que con el título «Volveremos a vivir en la tierra» dictó Mrs. Annie Besant, presidente de la Sociedad Teosófica, en Australia, en el año de 1908 y aun repetir textualmente algunos de sus pasajes. He aquí algunos de ellos:

Hace pocos días se me pidió que explicara el enigma de la vida. Quien tal petición hiciera, formulaba por escrito la siguiente cuestión: “La vida en su mayor parte es caótica o enigmática; parece al revés, *es casi desesperante*. ¿Qué razón tenemos para creer que la próxima vida o una sucesión de ellas será mejor que la presente, es decir *ordenada, equilibrada, motivada*? Si el principio vital persiste ¿no podrían esas vidas repetirse en las mismas condiciones injustas, abortivas, que la presente vida?”

Leyendo esa tarjeta postal, pensé que realmente yo debería tratar de contestar a la pregunta hecha, ya que los sufrimientos, las injusticias y las diferencias de la vida, no motivadas en apariencia, llevan a muchas personas inteligentes y al vulgo que piensa, hacia el escepticismo y la desesperación. Si logro hacerlos comprender esta noche que, según el punto de vista *antiguo y filosófico*, la vida no es tal caos desesperante, como muchos creen hoy, si puedo hacerlos ver que todo está guiado por un principio, y que para todo hombre o mujer *hay esperanza y no desesperación*, habré contestado en parte a la pregunta, y podré quizás encaminar a algunos de vosotros por la vía que nos hace la vida inteligible, que nos enseña el plan de la evolución y que nos hace capaces de comprender algo de nuestro destino y de las posibilidades de la vida humana.

Existe cierta tendencia en el mundo que consiste en considerar las opiniones de nuestros tiempos, y aquellas con las cuales estamos más familiarizados, por ejemplo, las ideas de la religión en la cual nacimos, como las únicas razonables. Estamos satisfechos en pensar que la opinión pública

de hoy es la única opinión que merece ser considerada; que las ideas características de nuestra nación son las únicas de que se ocupan los hombres sensatos; y conociendo la presión que ejercen esos prejuicios, quiero empezar lo que voy a deciros esta noche, recordándoos que *las ideas modernas sobre la vida humana, son estrechas y limitadas y no han sido aceptadas sino desde hace poco, no obstante hacer miles y miles de siglos que empezó a pensar la humanidad*. No hay una doctrina filosófica que tenga *un pasado tan espléndido, intelectual*, como la doctrina de la Reencarnación; ninguna puede producir tantos testimonios de hombres sabios; ninguna, como dice Max Müller, sobre la cual *todos los grandes filósofos* han estado unánimes. No os quiero decir que debéis aceptar una doctrina, porque grandes inteligencias la consideren como verdadera, pues comprendo que hasta que una doctrina sea aceptable a vuestra inteligencia y a vuestra conciencia, para vosotros no es verdadera; aunque para otros lo sea según su modo de entender.

Innecesario es mencionar la más antigua religión, la de Egipto, porque vosotros sabéis que la creencia en la reencarnación de las almas formaba su base fundamental. Tampoco es necesario recordaros que en la Caldea y en Asiria esta misma doctrina se enseñaba 9 ó 10.000 años antes del Cristianismo. Podría dirigiros a la China para enseñaros que allí esta misma creencia predomina; o dejando estas religiones, ya muertas, desaparecidas, os llevaría a las vivas, y os recordaría cómo en India, el Induismo, una de las religiones que tienen mayor número de creyentes, está moldeado en el concepto de la vida humana basada en la Reencarnación. Lo que decimos del Induismo puede aplicarse también al Budismo, y cuando considerais estas dos grandes religiones, veis *a más de la mitad de los habitantes de la tierra*, aceptando esta gran filosofía. Si ahora tomáis una religión con la cual estais más familiarizados, la de los Hebreos, y si preguntais al gran historiador Josefo cuál era la creencia de los Hebreos, vereis cómo él expresa claramente que toda alma que no haya alcanzado la perfección, debe regresar y vivir otra vez en esta tierra. Podría yo traerlos hasta la época de Jesu-Cristo y enseñaros cómo El, dirigiéndose al pueblo judío, su pueblo, consideraba esta doctrina como corriente; así, hablando de Juan el Bautista, recuerda a sus discípulos que Juan era Elijah, quien había reencarnado antes del Mesías. Cuando le preguntaban acerca de la ceguera de un hombre, que si era a causa de los pecados de este hombre o de los padres, El no contestaba diciendo: "¿cómo puede una persona pecar antes de nacer?" como cualquier cristiano moderno contestaría, sino que *considerando factible el pecar antes de nacer*, contestó que en este caso no era el motivo de la ceguera de este hombre!

Podría seguir llevándoos desde el tiempo del Cristo y de la creencia universal de los Judíos hasta el principio de la Iglesia, y demostraros que todos los primeros Padres de la Iglesia, todos los Obispos, *creían en la pre-existencia del alma* y como Orígenes, el más célebre e instruido de los profesores de la antigüedad cristiana, declara que cada alma *recibe el cuerpo que merece, según sus acciones anteriores*. Es verdad que, como no ignoraréis, en el sétimo siglo, una parte del Cristianismo Universal, la parte Católica Romana, condenó esta doctrina en un Concilio, pero esta condenación no fué universal. Condenó la forma bajo la cual Orígenes la presentó, mas se guardó muy bien de hacer esa condenación general. Así, pues, no encontraréis nada en los artículos de fe de esta poderosa Iglesia que prohíba a un Católico Romano el creer en esta doctrina. Siguiendo a través de los siglos, hallamos que algunas de las sectas poderosas contra las cuales Ro-

ma lanzaba sus anatemas por "herejes", como la secta de los Albijenses, de quien Milton escribió uno de sus más hermosos poemas, habían guardado esa antigua doctrina e impedido su desaparición. Otras sectas más, durante la Edad Media, salvaron esta doctrina y sus enseñanzas secretas. Siguiendo hasta el reino de Carlos II de Inglaterra, encontraréis esta doctrina enseñada en la Iglesia Anglicana. Si nos dirigimos ahora a los filósofos y poetas, vemos cómo los más famosos de ellos aceptan la Reencarnación. Entre los más notables citaré a Pitágoras, Platón, Virgilio y Ovidio; a Goethe, Fichte, Lessin y Shopenhauer; a Wordsworth, Robert Browning, Gabrielle Rasetti y el Dante; entre los modernos a Huxley, May Müller, el filósofo excéptico Hume, el profesor Mc-Taggart. Una doctrina enseñada por los más grandes hombres de todas las edades es merecedora de ser examinada, en el caos del mundo moderno, acéptese o no.

La doctrina de la Reencarnación es la más razonable de las tres que se han propuesto para explicar el enigma de la vida.

La primera sería la del materialismo científico, que no puede admitir la posibilidad de la *individualidad persistente en el hombre*, aceptando una sola aparición y una sola desaparición del hombre, de la escena del mundo; aunque acepta la continuidad de la materia física, no reconoce la continuidad de la inteligencia que anima esa materia. No ve más que esta sola vida como todo lo que poseemos; según ella procedemos de la obscuridad al nacer y volvemos a la noche de la tumba.

Como sabéis, la ciencia materialista enseña la continuidad de la materia y la conservación de la energía. Y, cosa curiosa, esa ciencia que enseña que nada se crea ni se destruye, que dice que la energía que se manifiesta en el universo es increada y eterna, cuando se refiere a los agentes naturales, ciegos en apariencia, como la atracción, el movimiento vibratorio que se manifiesta como calor o como luz, etc., hace excepción de esa otra energía, más poderosa, sutil y admirable que se manifiesta en el fondo de nuestro pensamiento y de nuestra conciencia. Toda energía, dice la ciencia materialista, es indestructible y eterna; sólo se destruyen y se extinguen en la tumba las de la voluntad y el pensamiento. La doctrina materialista, si bien explica la evolución *física* de las especies—y esto está demostrado hasta la evidencia,—es impotente para explicar la evolución mental y moral y además es absolutamente impotente para satisfacer las legítimas, innatas aspiraciones de la mente y del corazón humanos. Durante mucho tiempo se quiso explicar la evolución mental y moral admitiendo que las cualidades de este orden eran trasmisibles por herencia. Pero esta doctrina hoy día no es admitida por ningún hombre de ciencia. Todo el mundo sabe que si bien los descendientes de una misma familia se parecen en cuanto a sus caracteres físicos distinti-

vos, recibidos por herencia, hay entre ellos enormes diferencias de temperamento, de carácter, de gustos, de inclinaciones que hacen de todos ellos una individualidad perfecta, distinta de las demás. Si las cualidades mentales y morales de los padres fueran trasmisibles por herencia, deberían *irse acumulando* en la especie humana y la evolución debería ser rapidísima. El hijo de un genio debería ser un genio mayor que su padre, pues a las cualidades adquiridas por herencia se sumarían las desenvueltas por su propio esfuerzo. La experiencia demuestra que esto no es cierto. Los hombres geniales de ordinario no tienen descendencia. Parece como que la reproducción mental, en las obras de la inteligencia, estuvieran en contraposición con la reproducción sexual. Los hijos de hombres extraordinarios resultan por lo común medianías. «Cuántos hijos, nietos o biznietos de genios, dice Mrs. Besant, han llegado a ser más célebres que ellos? Ninguno. Este es uno de los problemas más difíciles de solucionar que se presentaron a la ciencia cuando ésta proclamaba la trasmisión de las capacidades mentales de padres a hijos. Solamente en la música hallamos alguna continuidad de talentos en las familias durante tres o cuatro generaciones. Entonces nace un genio, desapareciendo el talento después. Pero esto no es tanto trasmisión como parece; es más bien que esta familia musical preparaba un organismo físico con nervios muy delicados, oído y dedos muy sensitivos y que cuando el cuerpo estuvo preparado se presentó el genio y cuando esta familia cumplió su misión, volvió otra vez al nivel de las demás».

Los hechos que parecen demostrar la trasmisión de caracteres morales o mentales o aptitudes especiales, de padres a hijos, son todos de este orden y obedecen a una ley que hace que cada individualidad que reencarna debe hacerlo en la familia que le proporcione un organismo físico adecuado al desenvolvimiento ulterior de las cualidades adquiridas en pasadas existencias.

Pasemos ahora a otro punto de vista científico. La evolución humana consiste no solamente en el desarrollo mental sino también en el moral, siendo éste más importante que aquél. El hombre aprende poco a poco a sentir la ídea del *deber*, de la obligación *en vez del derecho de la fuerza bruta*; aprende a tener compasión en vez de crueldad; a ayudar a los enfermos, a los débiles y desgraciados, en vez de abandonarlos para que

mueran, sin tener en cuenta sus sufrimientos. Las naciones civilizadas se enorgullecen diciendo que protegen al débil, cuidan al enfermo, y confortan al desgraciado; pero *¿cómo en la lucha por la existencia han evolucionado estas cualidades* que hacen del hombre un ser caritativo? La lucha por la existencia quiere decir todo lo contrario; *sobreviven los mejores adaptados*. ¿Cuáles son estos "mejores adaptados" para sobrevivir en la lucha? Seguramente que no son los afables, piadosos, delicados ni los que se sacrifican, sino los que no tienen escrúpulos, los brutos, los fuertes y los que no sienten ni se ocupan de los débiles. Entonces vemos lo dificultoso que es este problema. Huxley se dió cuenta de la dificultad y declaró con las mismas palabras que había empleado un Maestro, que *si bien la ley de la supervivencia del mejor dotado es la ley de la evolución de las plantas y los brutos, la ley del sacrificio voluntario de uno mismo es la ley de la evolución del hombre*. Si la teoría de Darwin fuese cierta, los que se sacrifican serían los más necesarios, los que tienen más valor para propagar, legar sus cualidades nobles y caritativas. El amor maternal es una de esas cualidades tan hermosas, evolucionada en los animales y en la raza humana. Pero la madre que se sacrifica por sus hijos, desaparece en esa lucha y perecen también sus hijos por falta de cuidados. En el reino animal, el amor maternal es una desventaja. La leona es muerta por el cazador cuando ella quiere defender sus cachorrillos y luego ellos mueren de hambre. El pájaro que simula tener una ala destrozada para que el cazador le persiga y se aleje de la cercanía de su nido, tiene mucha probabilidad de ser muerto, y los pequeños luego de ser huérfanos se mueren. ¿Cómo entonces puede evolucionar este amor maternal en esta horrible lucha por la existencia? ¿Cómo entonces *puede ser transmitido*, si tal transmisión fuera posible? Este es un problema que la ciencia no puede resolver.

La teoría materialista no satisface las justas, legítimas, innatas aspiraciones del hombre, su ansia de conocimiento, su sed de justicia y de dicha. ¿Qué consuelo es para un hombre pobre, ignorante o enfermo, decirle que no hay más existencia que la miserabilísima que arrastra? ¿Qué consuelo es para una madre abandonada que carece de un trozo de pan y de un harapo con qué calmar el hambre y cubrir la desnudez de su hijo, decirle que procedemos del no ser y volveremos a la obscuridad de la tumba? ¿Qué estímulo para el adelanto, la virtud, el amor, el bien, puede tener el obrero que vive enterrado en el fondo de una mina o encorvado durante todo el día, bajo los rayos del sol, cansado y sudoroso, esclavo del capital, para ganar el escasísimo salario, que más que retribución le parece una afrenta, si se le dice que no hay más existencia que ésta y que todo termina con la muerte? ¿No sería para ellos el no ser la suprema dicha y el suicidio el remedio para todos los males? ¿A dónde les conducirá esta doctrina, si no a la brutalidad y la violencia, o al abandono y a los vicios desenfrenados? La falta de un

ideal superior es la causa del aumento creciente del suicidio, del anarquismo y de esa *tendencia igualitaria disociadora* que predicán los apóstoles de la democracia mal entendida, que pretenden destruir todo lo que se distingue y sobresale porque ignoran que todo en el universo está regido por una Ley Soberana, de Justicia y de Amor, que no hay nada fortuito, que cada ser *está colocado en el lugar que le corresponde*, que el *sufrimiento* es una condición *necesaria para el adelanto*, que todo evoluciona, que todo marcha, no como queremos nosotros, sino como lo ha dispuesto el plan divino, lenta, pero seguramente, y que el paria de hoy, el esclavo, el obrero oprimido y sediento de justicia, de ciencia y de dicha, será, *cuando lo haya merecido*, el ser resplandeciente, divino y glorioso, a que están destinados todos, absolutamente todos los seres del Universo.

Pero me parece oír formular por muchos de los que me hacen la honra de escucharme, esta respuesta: pero esto es lo que ofrece justamente, como freno de las costumbres y recompensa de los dolores de esta vida, la Religión Católica Romana. Aunque hay muchas maneras de contestar a esto, me limitaré a decir por ahora que la Iglesia que esto enseña, enseña al mismo tiempo, interpretando sus libros sagrados, no según el espíritu que vivifica, sino según la letra que mata, que «muchos son los llamados y pocos los escogidos», lo que, según ella, quiere decir que si bien es cierto que Dios hizo todos los hombres para la Vida Eterna, muy pocos la consiguen y la mayor parte, la inmensa mayoría, después de pasar mil torturas en la tierra arderán por siempre en el inextinguible fuego del infierno.

La segunda doctrina propuesta para explicar el enigma de la vida, es la que enseña la Iglesia Católica Romana.

Veamos ahora si esa doctrina religiosa popular es satisfactoria a la razón y a la moralidad. Esta doctrina es la siguiente: 'cada alma ha sido creada al nacer'. Esto es el primer punto y no debemos perderlo de vista. Cuando el alma entra en el cuerpo que ha sido preparado para ella, *trae consigo un carácter*. ¿De dónde lo sacó? Si acaba de ser creada, el carácter del recién nacido le ha sido impreso por su Creador. No se puede evadir esta conclusión. Ahora bien, muchos niños nacen criminales y no pueden ser otra cosa durante toda su vida. Muchos nacen enfermos, y la enfermedad desfigura sus pensamientos y disminuye sus poderes. Muchos nacen defor-

mes, miserables y viciosos. ¿Quién, entonces, es el responsable? Otros nacen al contrario hábiles, saludables, con todo en su favor. ¿Acaban esas almas de ser creadas también. Si una puede ser creada *con un carácter noble y puro, ¿dónde entonces está la justicia, hacia los que nacen criminales viciosos y enfermos?* El alma que acaba de ser creada puede llegar al mundo siendo o un santo o un criminal. Sigámoslos durante toda su vida; qué diferencia, qué contraste tan sorprendente no les trae el destino durante la existencia. Consideremos ahora la vida de un campesino decente, nacido en una pequeña aldea, llevando una vida laboriosa. Aún en un caso como éste, aunque es un hombre honrado, ¡qué parte tan pequeña de lo que el mundo puede proporcionarle es su porción! No quiero decir del dinero, del lujo, del bienestar, sino de la facultad de poder comprender, del poder de gozar de las cosas más nobles de la tierra. Para ese campesino, la puesta del sol no indica más que el tiempo malo o bueno que es posible hará al día siguiente; para este hombre la belleza del cielo, las nubes no tienen más significación que el efecto que podrán producir sobre sus cosechas. No conoce nada del goce del artista, del esplendor de los colores, de las delicias que producen las bellezas de la naturaleza. ¿Por qué está este hombre privado de los placeres del artista? ¿Por qué está el horizonte de los conocimientos de la vida tan limitado para él y tan ancho para otros? ¿Esta vida es útil o no lo es? Si es útil, ese hombre desgraciado siempre estará en peor condición que el otro más afortunado. Si no es útil, ¿por qué entonces haber sido traído a este mundo, para pasar por los sufrimientos de esta existencia física, a menos que sea por enseñarnos una lección de un valor inestimable y duradero? ¿Qué decir ahora del niño que no vive más que algunas horas? ¿Qué hay para él más allá de la muerte? Si le concedemos la salvación gratuitamente, esto es muy injusto para los que viven 70, 80 ó 90 años y cuya vida está llena de dificultades y sufrimientos. Voy a escoger dos casos opuestos y hacednos ver cómo aplicamos esta teoría. Consideremos a un niño nacido de una mujer entregada al vicio. El sociólogo que le mirase diría: “seguramente es un criminal innato, crecerá y morirá un criminal, y vosotros no podéis hacer nada por él; él ha traído todo esto consigo”. Ved ahora a un genio nacido en un hogar feliz con todas las ventajas de la educación y posición sociales. ¿Cómo igualar estos dos hombres? ¿Dónde está la justicia *si no merecen su suerte*, si uno nació criminal sin merecerlo como el otro tampoco merecía nacer un genio? Tales son los problemas que confronta la humanidad. No nos basta que nos digan “quién eres tú, oh hombre, para pedirle explicación a Dios?” Dios nos dotó de la razón que propone estas cuestiones y de la conciencia que se revela ante las injusticias de la vida. Cómo aceptar estas teorías después de tomarse el trabajo de pensar y analizarlas. Los hombres que las aceptan, no piensan ni se han tomado el trabajo de estudiarlas.

La doctrina de la Iglesia Católica Romana nos ha sus-traído, pues, una fuente de consuelo y ha hecho que más de un corazón haya protestado contra esas injusticias del destino, llenándolos de excepticismo, lanzándolo a la desesperación, al crimen y al suicidio. En realidad es tan poco razonable la hipótesis llamada Católica, que no pudiendo satisfacer la inteligencia de los hombres que piensan, los ha lan-

zado al materialismo. Por eso hemos visto a esa Iglesia, en nombre de sus dogmas y a la ciencia materialista, en nombre de los suyos, cogidos de la mano, combatir las verdades espirituales que le enseñó al hombre la sabiduría de los siglos.

Veamos ahora si hay alguna otra teoría que puede explicarnos estas cosas. En pocas frases puedo exponeros la teoría de la Reencarnación. Cada hombre es un espíritu, una porción de la Vida Suprema, un hijo de Dios, *una chispa del Espíritu Divino. Viene a la tierra para aprender.* Todos somos igualmente ignorantes cuando empezamos esta vida humana. La ignorancia es el único pecado original y no es criminal, sino inevitable. A medida que van desarrollándose en él los poderes de la Divinidad, crece, hasta alcanzar la estatura moral del Hombre Perfecto. Después de su primer vida humana, que pasa de una manera ignorante, incapaz, habiendo cometido muchos actos que llamamos criminales, pero que no lo son, porque esta alma nueva, niña, sin conocimientos, no podía distinguir entre lo bueno y lo malo, y eran solamente experiencias,—pasa al mundo intermedio. Allí aprende que todos estos actos no son los que debía haber ejecutado, porque traen consigo castigos después de la muerte. El que ha sido muerto violentamente se encuentra allí con el que causó su muerte. El uno odia al otro y esto hace que su vida allí sea miserable. El asesino lleva consigo sus apetitos y sus pasiones, allí le atormentan hasta que se agotan, entonces pasa a un mundo mejor donde lo poco de bueno que hay en él, está alentado y aumentado; después vuelve a la tierra con más experiencias y mayores conocimientos, para aprender nuevas lecciones aquí y para pasar otra vez a cosechar el fruto de sus actos, transformar en facultades las experiencias pasadas y con esas facultades aumentadas, volver otra vez a la tierra, vida tras vida, en este ciclo de nacimientos y muertes, *aumentando en cada vida la experiencia*, trayendo consigo en cada nacimiento poderes mayores y aprendiendo a distinguir lo bueno, porque lo malo lleva tras sí sufrimientos: aprendiendo a tener compasión, por la pena que se siente bajo el peso de la opresión; aprendiendo todas las lecciones por la experiencia, y transformándolas en carácter, hasta que se alcance la perfección, hasta que el hombre perfecto resplandezca en todo el esplendor del Hombre Divinizado. Entonces la Reencarnación compulsoria ha terminado; y a menos que él regrese como un Salvador, sigue en su evolución, pasa a otro mundo, a otra vida con oportunidades más espléndidas.

Esta es la teoría. Apliquémosla a un salvaje, por ejemplo. Nuestro hombre no sabe distinguir entre lo que nosotros llamamos bueno y malo. Tiene hambre, no halla que comer, pero tiene una esposa. El mata a su esposa y se la come. Si tomáis ahora uno de vuestros hijos, y le preguntáis: “¿Es malo que un hombre se coma a otro hombre?” inmediatamente el niño os contestará: “seguramente que sí”. Con él no necesitáis argumentos, os contestaría enseguida “yo sé que esto es malo”. Hay un algo en él que le dice que un hombre no debe matar a otro hombre. ¿De dónde viene esa diferencia entre vuestro niño y el salvaje? Contestamos: ello consiste en el grado de desarrollo, el alma del niño ha pasado por muchas experiencias de muertes, de robos, ha palpado todos los resultados que traen los actos de la vida después de la muerte, y esto se ha impreso en la memoria del espíritu. Todos nuestros niños cuando nacen, traen

ciertas ideas o tendencias que inclinan sus pensamientos en una dirección especial y tan pronto como se educan, esas tendencias se manifiestan. Pero esa tendencia está allí debido a sus experiencias pasadas, y un alma que no trae consigo esas características, no responderá. Desde este punto de vista, el criminal es un "ego" o alma joven y no debemos despreciarlo ni odiarlo; debe ser enseñado, disciplinado, y transformado en un tipo mejor que el que trajo consigo. Esto revolucionaría la criminalología porque tendríamos que tratar a los criminales de un modo muy diferente del que usamos hoy.

El conocimiento de que los criminales son egos atrasados, y que todos hemos pasado por los mismos estados y cometido las mismas faltas que censuramos en nuestros hermanos, hace nacer en nosotros un sentimiento de amor, de benevolencia y de compasión, que contrasta con ese sentimiento de intolerancia y maledicencia, que caracteriza a ciertas gentes, que difaman sin piedad, que divulgan las faltas de sus semejantes, que tienen lleno de hiel, en vez de amor su corazón, que comentan desfavorablemente los actos más inocentes, llevan la turbación a los hogares cuando no causan verdaderas catástrofes, produciendo obras de verdaderos malvados. Cuando un discípulo piadoso preguntaba a uno de los Grandes Maestros, qué se podía hacer en favor de un hermano que estaba sumido en algún vicio, el Gran Maestro de compasión respondía, con una ternura capaz de fundir una montaña de hielo: «Déjale, él sigue su camino».

Consideremos ahora el genio. ¿Qué es? Simplemente un alma que una tras otra encarnación ha ido acumulando gradualmente todas las experiencias de sus vidas en el esplendor que llamamos genio. Esto lo ha ganado él. No es un regalo, porque esto implicaría una injusticia. Lo que siembra el hombre aquello cosecha, y es según esta ley que él puede llegar a ser un genio o a la santidad. El niño que nace un santo *lo debe al resultado de vidas, de esfuerzos y de privaciones*. Su carácter santo ha sido adquirido en el crisol del sufrimiento. Todo lo que sembráis vuelve a vosotros, y tenéis la elección de la semilla que podéis sembrar. Lo que significa esto para vosotros es que *cada uno puede llegar a ser lo que desea*. Alguno de vosotros puede poseer poco talento hoy, para la música, por ejemplo, y sabe que durante esta vida, no puede alcanzar a ser un genio musical. Sin embargo siga practicando con regularidad, haga todo lo que pueda durante esta vida, veces tras veces volverá y será mejor músico cada vez, hasta que el talento se transforme en genio y alcance la meta de su ambición. Hay personas que no pueden ser felices mientras ven personas sufriendo, otras que no pueden estar satisfechas con lo que les da la naturaleza mientras ven otras personas miserables, cuyas aspiraciones se desvanecen y sus trabajos no alcanzan la grandeza que ellos anhelan. A pesar de todo, seguid trabajando, esperando y aspirando. Ese trabajo, esas aspi-

raciones, esos esfuerzos los veréis en el cielo transformarse en poder, en capacidades, en aptitudes para ayudar a los demás. ¿Es vuestra vida desgraciada? Qué importa, eso no es más que un día perdido en una sucesión de muchos días. *El fracaso de hoy nos indica el éxito de mañana, y la sabiduría que adquirimos a fuerza de equivocaciones es nuestra para siempre.* Sería demasiado triste si no tuviéramos más que una sola experiencia y que esa vida fuese un fracaso. Pero ¿qué importa cuando vosotros sabéis que volveréis vida tras vida, que por fin *todas vuestras esperanzas tendrán que ser realizadas?* Se realizarán pronto si trabajáis hacia ese fin, y más pronto todavía si dedicáis todos vuestros esfuerzos, vuestros pensamientos, vuestro corazón y vuestra alma, y haceis que *algo noble y elevado sea el fin de vuestro vida.* *Vosotros podéis ser lo que elijáis, porque sois divinos.* Esto es lo que significa la Reencarnación. El peor de los criminales y el más grande de los santos *son partes de la misma vida, del mismo espíritu y su porvenir es igual.* La única diferencia es que el santo vino a este mundo hace tiempo y ha reencarnado muchas veces, mientras que el criminal es una alma joven, ha tenido pocas vidas y tendrá que seguir en el camino muy largo por el cual pasó el santo.

Para los cristianos que aceptan la palabra de su Gran Maestro como verdades he aquí lo que dijo: "Sed tan perfectos como vuestro Padre que vive en el cielo es perfecto". Pero *no se puede alcanzar la perfección en una sola vida.* Las debilidades no pueden ser transformadas en fuerza, ni la ignorancia en sabiduría divina antes que la puerta de la tumba se cierre. Pero aquel que pronunció estas palabras, *sabía que había tiempo suficiente para que su fuerza fuese creciendo.* *El sabía que la perfección divina es la meta que tenéis que alcanzar y por eso El os incita para que entréis resueltamente en el sendero que os llevará allí.* *Estas palabras resultarían ser una burla si no tuviéramos más que una sola vida.* Pero son una inspiración hermosa si comprendéis que el mejoramiento es posible y que el tiempo es vuestro.

Tal es la doctrina de la Reencarnación. Comparadla con las otras dos teorías, y juzgad vosotros mismos.

Leed, estudiad, pensad y haced uso de esta arma para hacer desaparecer la ignorancia y la miseria del mundo. Si lo hacéis así, poco a poco percibiréis la verdad. Si estudias, veréis hasta dónde alcanza la importancia de esta doctrina. No he hecho más que daros como una sinopsis, diciendoo lo que habéis de estudiar y sobre qué punto hacer vuestras investigaciones; entonces para vosotros como para miles de nosotros, se disiparán las tinieblas y una luz resplandecerá en el mundo; un nuevo sol lo iluminará para regocijo y bendición de todos los hombres. El pecado es la ignorancia de la niñez; la santidad, la corona de la virilidad y cuando el hombre alcanza su completo desarrollo espiritual, obtiene la santidad del Cristo.

Las principales objeciones que se suelen presentar en contra de la doctrina de la Reencarnación, son las siguientes
1º. Si la evolución tiene lugar en una serie de vidas o de existencias en un cuerpo físico ¿por qué no tenemos recuerdos de haber vivido antes? Respuesta: porque somos demasiado jóvenes, porque estamos todavía en los peldaños inferiores de la escala de la evolución. Un niño de tres años

no se acuerda de haber vivido cuando tenía dos. El recuerdo comienza cuando despiertan en el hombre los albores de la razón y la conciencia, y la vida deja de tener por objeto único las funciones puramente vegetativas. El universo obedece a un plan armónico en el que se cumple la gran Ley de la Analogía. Así como es arriba así es abajo, lo grande se parece a lo pequeño, la evolución del hombre se parece a la evolución del Cosmos; el desarrollo del hombre en cada uno *de los días* de una existencia, se parece a la evolución de la mónada espiritual desde su *caída* en la materia, hasta su exaltación en el Seno de lo Divino. Por otra parte, en el estado actual de nuestra evolución, la memoria tiene por asiento principal el cerebro, que se desintegra en cada muerte; es como la memoria de un niño recién nacido, que no reside más que en los órganos del tacto y olfato para reconocer el seno materno.

Cuando el hombre alcanza un desarrollo superior, la memoria tiene su asiento no en el cerebro, sino en un centro espiritual imperecedero. Desde este instante el recuerdo de las existencias pasadas se conserva y se ofrece a la vista espiritual del hombre evolucionado, mostrándole la obra realizada. El olvido es, además, necesario para el adelanto. La ley que dispuso que mientras estemos en los niveles inferiores, llenos de imperfecciones, renazcamos como niños, inconscientes e ignorantes de nuestro pasado, es una ley bondadosa. Poned en libertad a todos los criminales del presidio. Muchos de ellos, desmoralizados por el recuerdo de sus faltas, seguirán por su camino de perdición. Dadles a beber, antes de salir, algún elixir de olvido y la mayor parte, podrán llegar a ser miembros útiles de la sociedad, si las circunstancias del medio ambiente les son favorables. Nada estimula tanto como la confianza en los propios poderes ni nada degrada tanto como las acusaciones de la propia conciencia. Los casos de personas que tienen recuerdos más o menos vagos de existencias anteriores son frecuentes. Yo conozco una señora que dice frecuentemente que ella fué una princesa destronada. ¿Por qué? Ella no lo sabe, y la revista teosófica *Softa* ha publicado la historia de las últimas treinta vidas de dos de los más conocidos personajes de nuestro tiempo. Ciertas amistades raras, ciertos amores inten-

sos e inexplicables, ciertas preferencias de algunos padres para con algunos hijos no pueden explicarse sino sabiendo que son vínculos de amor que subsisten y se perpetúan al través de la muerte, en vidas sucesivas.

La otra objeción a la doctrina de la reencarnación es la siguiente: Si muchos de nuestros actuales sufrimientos son la consecuencia de faltas cometidas en existencias anteriores, esto de nada nos aprovecha, puesto que sufrimos inconscientes de que nos estamos liberando de las consecuencias de nuestras faltas. A esto se responde: no sufrimos inconscientemente. La doctrina de la Reencarnación fué dada a la humanidad desde que en ella despuntaron los primeros destellos de la razón, hace centenares de miles de años. Culpa no es de la doctrina, si el sectarismo de un grupo de hombres echó sobre ella un velo de ignorancia y de olvido. He oído a una persona que profesa la doctrina de la Reencarnación, decir lo siguiente: «debo haber causado mucho mal, debo haber hecho sufrir mucho a otros seres, en otras existencias, porque yo tengo mala estrella; la adversidad me persigue sin causa aparente con enfermedades y calumnias; con torturas físicas y tremendas angustias morales, pero qué importa? si con el dolor me purifico de mis manchas, si él es instrumento de mi adelanto?» Y llena la mente de luz y el corazón de fortaleza y de dulce esperanza, exclamó: «Si la Ley exige que sufra, sufriré sin desfallecer... ven, cuanto antes, oh dolor! tortura mi corazón, único redentor mío, bendito seas!»

Señores: la muerte no es más que un accidente, que se repite periódicamente en la inmensa serie de nuestras vidas. La muerte, considerada como el aniquilamiento o como la eterna separación, la eterna ausencia, no existe. Lo que subsiste es la vida, la vida palpitante en todos los seres, emanación de la Vida Una, subsistente por Sí misma, absoluta y eterna. La muerte física es el descanso, después de una jornada de trabajo; es el dulce ensueño, en que se recoge el fruto de las obras de amor ejecutadas y se aumenta el caudal de sabiduría, antes de volver a la tarea del perfeccionamiento. ¿Por qué colocáis los despojos de vuestros muertos en cajas adornadas de telas y crespones negros? Preferid mejor el color blanco, símbolo de la pureza, o el rosado, con

que se representa el afecto puro, o el verde, emblema de la esperanza. Por un designio de la naturaleza, *los vínculos del amor no se rompen nunca!* Subsisten después de la muerte, se perpetúan, se agrandan, se ennoblecen, se divinizan a través del tiempo, a través de la muerte y de las vidas, en el transcurso de las edades. El padre encontrará a sus hijos, el hermano a sus hermanos, el esposo a su esposa, el amante a su amada del alma, cada vez jóvenes, llenos de vida, más desenvueltos, llenos de un amor cada vez más grande, más noble y más puro: con más capacidades para el bien, para el arte, para lo ideal. La vida y el amor son la manifestación de la esencia divina. La esfera de acción del amor en nosotros se irá agrandando, hasta que, rota por siempre la ilusión de la personalidad, lleguen a confundirse todos los seres en el seno de la Unidad Absoluta y Desconocida! Cuando os toque presenciar la partida de un ser querido no le perturbéis con vuestro llanto, ni le digáis adiós. Decidle hasta luego! La idea de que le encontraréis de nuevo hará penetrar en vuestro corazón, como un rocío de luz y de consuelo, un rayo de sol de la esperanza!





NOTA FINAL

Termina con el presente número de los *Anales* la publicación de los trabajos que durante el curso académico de 1912 fueron leídos en las sesiones públicas del Ateneo. De esta labor se daba cuenta minuciosa en el discurso que el señor Licenciado don Ernesto Martín, Vicepresidente, leyó en la velada de clausura. Desgraciadamente, este documento se ha extraviado y por eso no tenemos el gusto de darle publicidad en el presente número, como deseáramos.

Las veladas que se dieron durante el curso indicado, borrarón un tanto la apatía que el público parece sentir, por todo lo que se refiere a las artes y letras. No de otra manera puede interpretarse la asiduidad con que siempre honró los actos del Ateneo y el aplauso que generosamente tributó a los esfuerzos de los ateneístas por el progreso y buen nombre del país.

Con respecto a esos esfuerzos debemos hacer particular mención de las audiciones musicales con que se amenizaron nuestras reuniones, y, para ser del todo justos, debemos también consignar aquí que esa brillante colaboración artística se debió al celo del señor don Enrique A. Echandi, Presidente de la Sección de Bellas Artes, y de su muy digna señora, la artista espiritual y eminente doña Elsa de Echandi, así como de todos los miembros de ese importante grupo del Ateneo. Bueno es dejar aquí constancia de que durante el curso se ejecutaron más de cincuenta números de arte musical, algunos de complicado conjunto.

Sentimos de todas veras no haber dado publicidad a las conferencias de nuestros distinguidos compañeros el Presb° don Juan Garita y los profesores don Alberto Brenes Córdoba, don Luis A. Silva y don Francisco Montero Barrantes; pero ello se debe a que fueron improvisadas y, por consiguiente, no se conserva original alguno.

Con la mira de despertar más el entusiasmo y hacer sentir su benéfica influencia, el Ateneo ha dispuesto celebrar, en el curso del año venidero, excursiones literarias a provincias para conmemorar fechas históricas o recordar a los costarricenses, sus hombres ilustres y eminentes. Al efecto, este centro se trasladará a los diferentes lugares de la República que más de cerca se relacionen con el asunto.

En los *Anales* serán publicados, en lo sucesivo, no sólo las conferencias, sino también todos los trabajos, estudios, ensayos, etc., que los señores ateneístas ejecuten.

Diciembre de 1912.
